

LA COMISION DE REEMPLAZOS

REPRESENTA

A LA REGENCIA DEL REYNO,

El estado de insurreccion en que se hallan algunas Provincias de Ultramar; la urgente necesidad de enérgicas medidas para la pacificacion; clase y extension de las que deben adoptarse con este objeto, y males que amenazan á la Nacion Española, si el Gobierno no remite los auxilios que se reclaman.

CÁDIZ.

IMPRESA DE LA JUNTA DE PROVINCIA: EN LA CASA
DE MISERICORDIA. 1814.

AHER 0064

DEPARTMENT OF THE ARMY

OFFICE OF THE CHIEF OF STAFF

WASHINGTON, D. C.

1. This document is the property of the Department of the Army and is loaned to you for your information only. It is to be returned to the source of issue when you are no longer using it. It is not to be distributed outside your organization.

FELIX DENEGRI LUNA
BIBLIOTECA

MAR 18 1956

THIS DOCUMENT IS UNCLASSIFIED

DATE 11-13-2003 BY 60322

SERENÍSIMO SEÑOR.

Quando esta Comision de reemplazos se encargó de las delicadas funciones de su instituto, no pudo calcular que hubiese de llegar el caso de que sus desvelos y conatos fuesen inútiles para la causa de la Patria. Dedicada á facilitar los medios de conducir á las Provincias de Ultramar el número de tropas suficiente para mantener en ellas el orden y la tranquilidad, no ha perdonado desvelo ni fatiga alguna para realizar tan importante objeto. Pero quando creía que tantos sacrificios producirian al fin el interesante resultado que se propuso al hacerlos, vé con dolor que el mal crece por momentos, y que la Nacion se halla amagada de sufrir una de sus mayores desgracias.

La América, esa porcion privilegiada del Imperio Español, sufre todos los horrores de la anarquía; y despues de haber devorado en sus convulsiones las vidas y las fortunas de un considerable número de ciudadanos, amenaza la ruina de la nacion en sus relaciones interiores, y aun en su existencia política. Males de tanta transcendencia, no han podido ménos de fixar la atencion de todos

4.
los buenos Españoles; y muy particularmente de los que, ademas de ser los primeros en sufrir sus efectos, tienen por su carácter público una mayor obligacion de acudir á su remedio.

La comision, que por tantos títulos se halla en este caso, no puede ménos de manifestar á V. A. el verdadero estado de aquellos países; la urgente necesidad de tomar las medidas vigorosas que han de salvarlos, y la clase y extension de los medios que han de emplearse al intento. Al paso que esta manifestacion servirá para probar la pureza de los motivos que la producen, será un nuevo comprobante de la constancia con que esta corporacion ha sabido promover lo que ha creido conveniente á la felicidad del Estado. Desnuda de ideas mezquinas, y de miras que esten en contradiccion con la prosperidad de todos los Españoles de ambos mundos, espera que V. A. reconocerá en este paso la expresion del voto general de la Nacion; y que hará justicia á unos sentimientos que no puede desatender jamas un gobierno, que ha recibido directamente de los pueblos la autoridad que ejerce sobre ellos.

La revolucion de las provincias insurreccionadas de América, tiene muy poco de comun con todas las que la han precedido; ya por su origen, y ya por los medios con que es sostenida. Hubo

ciertamente planes anteriores para separar aquellos dominios de la metrópoli; pero las tentativas que se hicieron no pasaron de la clase de pequeñas conspiraciones, por mas que algunas de ellas fueron sostenidas por las potencias extranjeras, que emplearon fuerzas respetables para facilitar la empresa. La lealtad de los españoles de Ultramar destruyó las tramas de los conspiradores; y las tropas extranjeras hallaron la muerte y el exterminio en todos los puntos del suelo americano que pisaron por su desgracia. Sin embargo, su presencia fué bastante para excitar las ideas ambiciosas de algunos hombres oscuros y despreciables, que no pudiendo elevarse de su abatida esfera por medio de virtudes que no tenían, deseaban mejorar su suerte á costa del desgraciado suelo que mancillaban en sus crímenes. La ocupacion de la mayor parte de la península por las huestes del tirano, presentó á aquellos seres degradados y perversos una ocasion para realizar su delito. El momento en que la madre patria casi agonizante luchaba por desasirse de las garras del monstruo que queria devorarla, fué el que los malvados escogieron para acabar de destrozarla. Caracas, Buenos-Aires, Nueva-España, Santa-Feé, Cartagena, ven de repente alzarse de su seno esos pequeños grupos de facciosos, que cobardes hasta para su objeto, ama-

gan debilmente á las autoridades territoriales, y lo gran al fin despojarlas de sus atributos, por causas que seria molesto recordar. Dueños del mando, se anuncian como libertadores de los pueblos; hacen servir la religion á sus intentos; y consiguen por fin verse obedecidos por un considerable número de incautos partidarios. Alucinados estos por el lenguaje seductor de sus caudillos, y arrastrados por el brillo de sus promesas, se dexan conducir ciegamente á los mas atroces delitos. El amor de la Patria, ese amor origen de tantas acciones nobles y virtuosas, y que es tan característico á los españoles, sea qual fuere el punto en que hayan nacido, fué el instrumento que los ástutos demagógos emplearon para lograr sus depravadas miras. Persuadieron á los generosos americanos, que los españoles europeos eran unos tiranos que, despues de haberles despojado de su libertad haciéndose dueños del pais, los tenían oprimidos para que no pudieran reclamar sus derechos; los desórdenes conque algunos funcionarios públicos habian mancillado la dignidad de sus empleos, los vicios de los particulares; todo fué ponderado con destreza, y todo sirvió para avivar la llama de la rebelion.

Vióse entonces la formacion de una multitud de pequeñas repúblicas, que sin exércitos, sin armada

das, sin artes, sin industria, y sobre todo, sin tener ni aun el centésimo de la poblacion necesaria para llenar el inmenso suelo que dominaban, se llamaron naciones libres é independientes; se separaron de la metrópoli, y obedecieron los gobiernos á que fueron sometidas por la seducción y la violencia.

La simultaneidad con que acaecieron estos sucesos en los diversos puntos en que se ha manifestado la insurreccion, ha hecho creer que habia en todos ellos una misma predisposicion nacida de la opresion en que se hallaban. Este es el grito consignado en los papeles de los rebeldes, y su eco ha llegado á penetrar hásta el corazon de muchos filantrópicos, pero poco ilustrados españoles de la Península. Acaso sea este tambien uno de los principales motivos que han contribuido á sostener la rebelion, impidiendo las medidas que pudieron contenerla, ó dándoles una direccion poco conforme á la naturaleza de las necesidades. Para desvanecer una imputacion tan injuriosa al caracter nacional, no es preciso recurrir á sutiles racionios, ó á reflexiones profundas: la simple relacion de los hechos, el solo recuerdo del origen de la rebelion en cada uno de los distritos, es suficiente para probar que *la ambicion del mando, y la sed de las riquezas, han sido los únicos agentes de aquellos escandalosos*

Poco importa que la marcha de los rebeldes haya aparecido apoyada en quejas adornadas con algunos visos de justas; ni es tampoco del caso la refinada hipocresía con que aparentaron conservar para el Sr. D. Fernando VII los mismos territorios que separaban de la Nación. Su conducta desmiente su language, y descubre claramente, que no hubo en ellos deseo alguno de someterse á otra dominación que á la del ciego impulso de sus pasiones locas. El nombre de nuestro cautivo Rey, les era necesario para consumir sus planes; porque sabian bien que la lealtad de aquellos habitantes no les permitiría tolerar una usurpacion manifiesta; pues aunque deseaban el alivio de los males positivos que sufrían, no querían en modo alguno conseguirlo á tanta costa.

La comision ha dicho y repite, que está desnuda de miras contrarias al interes de todos los Españoles de ambos emisferios; y por lo tanto se halla muy distante de empeñarse en probar, que en la conducta de los gefes de la rebelion hay mas criminalidad de la que efectivamente envuelven sus actos. Verificada la insurreccion, como lo está por desgracia, deben removerse todos los obstáculos que se opongan á contener sus efectos; y en verdad que no

sería de los menores la acumulacion de crímenes, que llegasen á hacer imposible la conciliacion con hombres que tienen influxo y poder para avivar el incendio que devora la mayor parte del territorio Español.

Pero si esta consideracion decide á no entrar en investigaciones nocivas para el objeto que nos proponemos, hay otras razones cuya irresistible fuerza obliga á tocar, aunque ligeramente, la historia de las revoluciones de Ultramar; pues, ademas de que como llevamos dicho, se interesa en ello el decoro nacional, es indispensable conocer las causas que produxeron el mal que nos aqueja, y la sucesiva acumulacion de incidentes que le han conducido al grado en que hoy se halla. Por este exámen conocerémos facilmente la naturaleza de las convulsiones de cada territorio, descubriremos toda la potencia del enemigo que debe combatirse; y verémos que el poder de los rebeldes, es ménos formidable por el tamaño y calidad de sus recursos, que por la insuficiencia de los medios empleados para destruirle.

La revolucion de Nueva-España fué principiada por el Cura Hidalgo, que logró reunir en el pueblo de Dolores hasta unos 200 hombres, sacados de la hez de la plebe. Este impostor sin luces, sin probidad, y sin concepto, seduxo á aquellos miserables haciéndoles creer que se trataba de defender la re-

10
ligion y la patria contra sus enemigos los Españoles. Para ello circuló una proclama en que, prometiendo á los que le siguieran hacerles dueños de muchos bienes, amenazaba con la muerte al que reusase acompañarle en la empresa de degollar á todos los Europeos, por ser esta la voluntad de la Virgen de Guadalupe, cuya efigie colocó en sus atroces estandartes. Por este medio logró aquel malvado reunir en poco tiempo mas de 200 hombres; y habiendo repartido entre ellos los bienes de los Europeos que habia sacrificado, consiguió alucinar en tales términos á los infelices Indios y castas, que pudo presentarse brevemente sobre México con un ejército de 1000 combatientes.

Habria consumado su plan de entrar á sangre y fuego en aquella hermosa ciudad, como lo habia hecho en todas las demas ocupadas por sus gavillas de asesinos, si no se le hubiese opuesto en el Monte de las Cruces un cuerpo de 700 leales: estos valientes, casi todos Americanos, consiguieron escarmentar á los rebeldes dándoles en tan desigual combate la mas convincente prueba de lo poco que debian adelantarse en sus bárbaros proyectos. Sucesivamente el actual Virrey los derrota completamente sin tener á sus órdenes mas que una pequeña division de 50 hombres. Mas de 400 rebeldes mueren en los campos de

Aculco, Guanajuato, Urepetiro, y Guadalajara; y el mismo Hidalgo sufre al fin la pena de sus atroces delitos.

Apesar de tantos desastres, no cesa la rebelion, ni podia cesar facilmente; porque convencidos los malvados de que les era posible enriquecerse á poca costa, formaban reuniones en todos los puntos en que no habia tropas leales, y con la acumulacion de muchas gavillas pasaban á ser exércitos, con los quales señoreaban la mayor parte del pais. La humanidad se estremece al recordar las atrocidades de estos monstruos: no les bastaba talar, incendiar, y anegar en sangre el pais desventurado en que nacieron, no se contentaban con inmolar sus mismos padres y hermanos, con llenar de luto y llanto sus propias familias: su rencor implacable no se saciaba con el exterminio de sus víctimas: tormentos prolongados acompañaban á aquellos infelices hasta su postrer aliento; y para probar los rebeldes que su rabia llegaba hasta mas allá del sepulcro, escribian con la sangre de unas víctimas, el decreto brutal de exterminar las otras.

Pero apartemos la vista de este quadro horroroso que insulta la naturaleza, y es el oprobio de las luces de nuestro siglo. En medio del dolor que él nos causa, nos enseña, sin embargo, una verdad imper-

tante y consoladora, á saber: que hechos tan atroces
 no han podido ser executados, ni dirigidos por los
 Americanos que constituyen el verdadero pueblo, y
 cuya opinión es la que únicamente debe atenderse.
 Hombres marcados por su inmoralidad y delitos, los
 mas viles y despreciables del Continente Americano,
 la hez, y el oprobio de su Patria, estos, estos son
 los que han hecho la revolucion, y los que la han
 sostenido por medio de tan espantosos crímenes. ¡Qué
 importa que despues se hayan unido á ellos otros mu-
 chos cuya conducta anterior era irreprehensible, y
 cuyo carácter nada tiene de comun con el de aque-
 llos caníbales! Los mas de ellos, se han visto arrastra-
 dos, á pesar suyo, por el torrente de la rebelion.
 Amenazados por los rebeldes, abandonados de la Na-
 cion, sin esperanza de ser auxiliados, no tuvieron nin-
 gun estímulo que les animara á hacer el sacrificio inú-
 til de sus vidas: el amor de sus hijos, los atractivos
 de las comodidades que gozaban, y mas que todo la
 natural afeccion al pais en que nacieron, todo cons-
 piraba á contrastar su constancia. Entraron al fin en
 el partido de los rebeldes; y una vez comprometidos
 fueron, como era natural, los enemigos mas teme-
 rarios y mas difíciles de reducir: diéron alguna me-
 jor forma á los desordenados movimientos de los se-
 diciosos; y conociendo lo detestable que debia ser

la bárbara conducta que observaban con sus hermanos de la Península, procuraron justificarla con razones tan especiosas, que solo pueden ser miradas como vanos esfuerzos del genio.

Estos nuevos, é involuntarios agentes de la rebelion son los que, para hacer olvidar el verdadero origen que tuvo, hablan en sus papeles de derechos peculiares á los Españoles Americanos; y estan unidos á los otros, creyendo ya tener un mismo interes en lograr esa funesta separacion de la Madre patria, que tanto les allaga. Muchos miran vinculada su suerte en la existencia de la revolucion: otros dependen absolutamente de los empleos que exercen, y que temen perder en otro orden de cosas: todos en fin se consideran arruinados y perdidos sino realizan sus planes. De aquí nace una fuerza moral, que es la que ha dado orden y regularidad á las gavillas de los sediciosos; y la que acabará de consolidar su sistema, si no se acude inmediatamente á destruirle.

La revolucion de Buenos-Ayres, solo tiene de comun con la de Nueva-España la causa de su origen; esto es, la ambicion de los que la emprendieron. Por lo demas, estan muy distantes de poder ser comparadas; porque si esta fué dirigida sin mas orden ni sistema que el capricho de unos frenéticos acaudilla-

dos por un furioso, Buenos-Ayres no percibió al principio mas variacion, que la de ver pasar á una Junta Provisional de Gobierno, cuyo Presidente era el Virrey, la autoridad que habia exercido este gefe. Ann esta medida aparece como justa, y si se quiere necesaria, calificándola por lo que han dicho sus partidarios, y examinándola únicamente por sus papeles públicos..... El temor fundado de la pérdida de la Península, y la necesidad de mirar por su propia conservacion, fueron las causas alegadas por los revoltosos; pero otro era su plan, otras sus miras.

Desde que los Ingleses invadieron á Buenos-Aires, quedó fixa en algunos de sus habitantes la idea de independencía; la qual, si por entonces no parecia posible, no dexó por eso de ser deseada. Avivóse la esperanza con las noticias de la guerra que hacia á la Península el tirano de la Francia; y ya desde entonces empezaron á fermentar las pasiones. La ruidosa contienda ocurrida entre el Virrey, y el Gobernador de Montevideo, no sólo aumentó los odios particulares de ambos pueblos, sino que dividió considerablemente los ánimos de los habitantes. Un partido, casi todo de Europeos, intenta la separacion del Virrey creyéndole unido á los intereses de la Francia, y se empeña en formar una Junta á semejanza de la que

ya habia establecido en Montevideo su gobernador separándose de la obediencia de aquel gefe, y de las autoridades establecidas en la capital. Era este un tiro mortal para el amor propio de los habitantes de Buenos-Aires; y no era facil que pudieran tolerarlo: oponense á la separacion del Virrey, y desarmar á los que la intentaban; resultando un principio de odios, que despues ha producido incalculables males.

El mayor de todos, fué por entónces el conocimiento que adquirió el comandante de patricios Cornelio Saavedra, de que podia contar con una fuerza irresistible, siempre que le conviniera alguna variacion. Ocurren despues agitaciones en la provincia de Charcas; las quales no dexaron de alterar la quietud del Reino; y sirvieron para enseñar á aquellos pueblos, que no era dificil deshacerse de sus gefes. Inmediatamente sobreviene la revolucion de la Provincia de la Paz, primera en que se derramó sangre para restablecer el órden.

No se descuidaba entretanto la faccion que habia en Buenos-Aires, á cuyo frente estaba el comandante Cornelio Saavedra; pero conocia bien, que aun no era tiempo de dar el golpe decisivo. Procuró sin embargo preparar todos los medios; y no fué ciertamente el menos eficaz el de obligar al Virrey á

consentir el comercio libre con los extrangeros. Las condiciones con que se hizo esta concesion, no eran tan gravosas, que no dexasen de ofrecer considerables ventajas á los especuladores; pero la codicia se las presentó como insoportables, y no perdonaron medida alguna para procurarse una franquiza absoluta. Parecióles la mas á propósito la de auxiliar á Saavedra y sus secuaces, para separar aquellos países de la metrópoli, creyendo que por este medio harian un comercio ilimitado, y temiendo tambien que el gobierno español no aprobase la concesion hecha por el Virrey.

De los comerciantes extrangeros fué el dinero conque se compraron los sufragios de los que clamaron por la formacion de una junta, quando llegaron á Buenos-Aires las primeras noticias de la dissolution de la Central. Estos clamores produxeron la cesacion del Virrey, y la formacion de una junta de que era vocal Saavedra; pero no se sació con esto la ambicion de este hipócrita. En el mismo dia de instalado el nuevo gobierno, volvió á conmovér al pueblo para conseguir separar al Virrey de la presidencia, y la exclusion de algunos vocales; y en efecto logró al siguiente dia verse presidente de una junta compuesta en su totalidad de aquellos que le habian ayudado á trastornar el gobierno.

Dado este primer paso, y contando la nueva junta con un ejército de buenas tropas, declaró la guerra al pueblo de Montevideo, y á todos los demas que no quisieron obedecerla; sacrificó al general Liniers con todos los gefes de Córdoba del Tucuman; hizo lo mismo con los del Perú; y declaró desde luego una horrorosa persecucion á todos los españoles Europeos. La justicia exige sin embargo confesar, que son infinitamente mayores las atrocidades cometidas en otros puntos, sin que por esto hayan sido poco comunes en Buenos-Aires los asesinatos, los robos, y las vejaciones; pero son raros los casos marcados con las circunstancias atroces, que han sido tan frecuentes en Nueva España y Caracas.

La primera junta instalada en Chile, no fué obra de un movimiento sedicioso: ántes bien es de creer que la produjo un deseo de orden y de tranquilidad; pero duró bien poco la calma de este estado. El perverso Juan de Rozas, y unos jóvenes ambiciosos, se apoderaron del mando de aquel hermoso Reino, y encendieron en él la tea de la discordia, que felizmente no ha causado tantos estragos como en todos los demas distritos.

La revolucion de Caracas, fué un movimiento calculado con mucha anticipacion á la época en que acaeció. Sabidos son los intentos de los malvados

que quisieron apoderarse del mando de aquel país en el año de 1808; y sabida es también la impunidad en que quedaron sus delitos. Alentados por ella, se resolvieron á renovar las tentativas, y consiguieron por fin sus intentos el 19 de Abril de 1810. Declararon desde luego sus depravadas miras; sacrificaron un considerable número de leales, todos los calabozos se vieron llenos de víctimas, cuyas fortunas apenas bastaron para saciar la rapacidad de los rebeldes. Entregaronse estos á todos los delitos; y no contentos con haber desolado el país que tiranizaban, procuraron por todos medios subvertir las provincias vecinas, alentando con su seducción y con su exemplo á los malvados que habia en ellas.

Viéronse prontamente entregadas á la sediccion Santa-Fecé y Cartagena, estableciendose la célebre federacion, que tantos males ha producido á aquel desventurado continente, siendo tal la uniformidad en las convulsiones, que se conocia desde luego que eran dirigidas por una misma mano. Pero no podemos ménos de recordar, que los principales agentes de la rebelion de estas dos últimas provincias, fueron los mismos comisionados que envió á ellas el gobierno nacional. Este suceso excita reflexiones que comprueban, quan errados han sido los principios de

nuestra política; y quan escasos los conocimientos con que hemos reglado nuestra conducta en los primeros acontecimientos de las provincias Ultramarinas. Sin embargo, nos abstendremos de hacerlas; porque sería inútil recordar estravios que ya no pueden remediarse: basta solo saber, que ellos fueron los que dieron audacia á los revoltosos para emprender unos hechos á que no se habrían arrojado sin estar bien seguros de nuestra nulidad para impedirlos.

Así es como un pequeño número de hombres desconocidos, ha conseguido separar de la obediencia del gobierno nacional, las diferentes provincias insurreccionadas, sin que en ninguna de ellas se haya presentado al frente de la revolucion uno de aquellos genios benéficos, que solo aspiran á la felicidad de su patria. Si en algunas ha habido, como en Buenos-Ayres y Caracas, hombres de luces, han carecido de solidez y de experiencia; y sobre todo han adolecido de los mismos vicios que los mas baxos gavilleros de Nueva-España. De aquí ha resultado, como era forzoso, que en vez de trabajar por la felicidad del país, le hayan conducido á la mas espantosa anarquía. La poca industria, y las escasas artes, han desaparecido á impulsos de la codicia monopolizadora de los extranjeros, convertidos en verdaderos tiranos de los estúpidos que aceptáron sus auxilios: la lánguida

agricultura, ha cedido al ruido de las armas; y la miseria pesa ya sobre el suelo mas fértil del universo. A estos males insoportables, se unen los demas consiguientes á una guerra civil en que el amor propio y el interes, se han unido para derramar sobre aquel desventurado suelo todos los infortunios, que pueden agoviar á los mortales. Ríos teñidos con la sangre española; campiñas cubiertas de cadáveres; patíbulos levantados para exterminio de los buenos; premios ofrecidos al que inmole mayor número de víctimas; viudez, horfandad, luto y llanto en todas las familias. Esta es la imagen de los pueblos insurreccionados; este el fruto funesto de su inconsiderada rebelion. Los gobiernos que la han dirigido no reflexionaron, que no podian substraerse á las leyes del órden establecido por la naturaleza: en vez de aumentar la fuerza y el vigor de unos pueblos que se hallaban en la infancia, los han agitado con tal violencia, que han caido en el delirio de la debilidad.

Para colmo de su desgracia, no tienen aquellos infelices quien los compadezca, ni quien se interese en su alivio, mas que esos mismos hermanos suyos á quienes hacen la mas implacable guerra. La experiencia enseña, que ninguna nacion es auxiliár de otra por una proteccion benéfica. Los Españoles sobre todo, tenemos un derecho peculiar para saber, que los

extrangeros se interesan solo en gozar los bienes que producen las Américas, y en destruirlas quando vean que ellas forman una parte principal del poder verdadero de la Nacion Española. De consiguiente siendo los Españoles los únicos interesados en el sosiego y prosperidad de todos sus dominios, á ellos solos conviene su conservacion y progreso; y de ellos solos puede nacer el aumento de la poblacion y recursos del territorio Americano, en quanto él constituye una parte integrante de su monarquía; de esa monarquía que, constituida hoy por todos y para todos los Españoles de ambos mundos, no puede ménos de aspirar al mayor engrandecimiento de todos ellos.

Por otra parte, los extrangeros mismos saben ya, que nunca lograrán mayores ventajas, ni con tanta seguridad como estando incorporados aquellos países á la Nacion Española, baxo la Constitucion que la rige. Si ahora parece que favorecen los movimientos de los facciosos, es porque temen perder las inmensas sumas que ha acumulado allí la imprevisión de los que, alucinados por el enorme lucro que hallaban en las expediciones clandestinas, creyeron que encontrarian mayores ganancias en la absoluta franqueza que les concedieron los rebeldes en cambio de la proteccion que les ofrecian. Quatro años han sido bastantes para que los gabinetes hayan des-

pertado al ruido de las desgracias de sus súbditos arruinados en sus especulaciones á las provincias de Ultramar: la volubilidad de los gobiernos rebeldes, la multitud de atenciones á que no podian subvenir con el escaso producto de las rentas territoriales, la natural rapacidad de aquellos malvados, la obstruccion del comercio, todo ha refluído en daño de los extranjeros, que eran los únicos tenedores y aspirantes del poco numerario que se conservaba en circulacion.

A estos males, consiguientes al estado de aquellos países, se ha unido su verdadera pobreza, cosa que parecia increíble á los que calculaban la riqueza únicamente por el sonido de las sumas que se acuñaban en las casas de moneda. Conocieron en fin, que la América era pobre, y que lo seria mas á proporcion que la guerra disminuyese el número de brazos empleados en producir los frutos preciosos de aquel suelo, y en explotar esas minas, cuyo brillo faláz habia sido la única guia de sus cálculos funestos.

El temor de perder las sumas que tienen los comerciantes extranjeros en poder de los rebeldes, no es la única causa que impide el que sus gabinetes cesen en prestarles los auxilios indirectos que sirven para sostener una guerra tan ruinosa; mas po-

derosos son los motivos que les hacen continuar una conducta tan contradictoria de sus mismos intereses. En la crisis actual de Europa, en el violento choque de todas las Naciones que combaten, pesa mucho la idea de un pueblo poderoso con recursos para balancear la suerte del continente. Tal se presenta la España, desde que se ha formado instituciones capaces de dar vida á la enorme potencia de esta Nacion magnánima, que tenia encadenada la política mezquina de los gobiernos que la han regido durante los tres últimos siglos. Enseñado el español por sus propias desgracias, y reducido á la pobreza por la horrorosa invasion que ha sufrido, dirige ya sus miradas al suelo férax en que ha nacido, y vé en él preparado el fecundo origen de su prosperidad futura. Frugal por temperamento, y por efecto de los males que le han agoviado, su ambicion es mas limitada que en los tiempos de su pasada opulencia, y por consiguiente, no puede tener rivales entre los demas pueblos oprimidos por el luxo, y por todas las necesidades facticias, cuyo valor reagraba el precio de las obras de sus manos. Por otra parte, la abundancia de materias primeras, dá á la industria nacional una ventaja que solo pudo perder por la stupidéz con que nuestros gobiernos contribuyeron á realizar los tortuosos planes de la política ex-

trangereta.

Estas ventajas de nuestro suelo, y de nuestro estado político, son precisamente las que en el dia nos producen la mayor parte de las desgracias que sufrimos: obstáculos continuos se oponen á nuestro engrandecimiento; y apénas damos un paso hácia la independencia, quando vuelve á atormentarnos el ruido de las cadenas. En esta lucha perpetua quieren mantenernos los que saben bien qual sería el grado de nuestra prosperidad, si pudiéramos vivir tranquilos, y dedicarnos á abrir los anchos canales de la prosperidad de nuestro suelo.

A estos mismos principios deben los rebeldes los auxilios que reciben de las potencias extrangeras; auxilios engañosos, que solo sirven para llevar la desolacion y la muerte á los pacíficos hogares de los Españoles de Ultramar. A la sombra de tan pérvida proteccion, han arrancado los pocos talleres que servian para proporcionar el sustento á millares de virtuosas familias; han introducido el luxo mortífero entre aquellos sencillos habitantes; y en cambio del oro y de la plata, que servian para las útiles distribuciones de su juiciosa economía, les han llevado estófas vanas, que solo han servido para excitar en ellos ideas, que llenan de amargura su existencia. Sujetos yá á necesidades que desconocian en

su anterior estado, y no teniendo medios para satisfacerlas, se han prestado fácilmente á la seducción de los que han sabido prometerles esos bienes que apetecen; y de ciudadanos útiles y pacíficos se han convertido en verdugos de su misma patria.

A esta revolución en las ideas y en los elementos sociales, eran consiguientes todos los horrores de la anarquía, quando los hombres que estaban al frente de aquellos pueblos no tenían virtudes ni talentos para impedirlos. Sucedió efectivamente la ruina de todas las fortunas; desapareció la estabilidad de las clases; desconociéronse la seguridad y la propiedad de los ciudadanos; y por una contradicción nacida del trastorno de todas las ideas, aquellos mismos que derraman su sangre por conseguir una libertad quimérica, viven ahora, y *no vivían antes*, encorbados baxo el yugo de los mas feroces déspotas.

Tal es, Sr., el infeliz estado de aquellos países, hechos presa del furor de las pasiones, y de la inmoralidad de los gabinetes: solo tendiéndoles V. A. una mano bienhechora, pueden librarse del terrible abismo en que se vén precipitados. La humanidad implora este auxilio, y la justicia imperiosamente le reclama. Si ha habido en las provincias de Ul-

tramar algunos hijos desnaturalizados que han clavado el puñal en el seno de la Madre patria, otros muchos han corrido presurosos á curar sus heridas, y á vengarlas á costa de los mayores sacrificios. Quando la historia presente las atrocidades cometidas en algunos puntos de la América, recordará tambien los hechos heroicos que han ennoblecido el nombre Americano. Sobre todo, la Nacion no puede olvidar que la sangre de nuestros hermanos de Ultramar ha corrido á par de la nuestra para asegurar la integridad del territorio español. Esta decision heroica, ha concitado contra ellos la rabia de sus ilusos compatriotas; y despues de haber sacrificado sus bienes, sus mas caras afecciones, y quanto hacia amable su existencia, encerrados en los pequeños recintos que su lealtad ha conservado, ven pendiente sobre sus cabezas el cruel cuchillo en manos de sus furiosos enemigos, que son..... sus padres, sus hermanos, sus mismos hijos.

En tan deplorable situacion se hallan los heroicos españoles que defienden la causa nacional en Montevideo, Costa-firme y Nueva-España. Sus penetrantes clamores, no pueden ser desoidos por V. A.; mucho ménos quando ha expedido ya decretos benéficos, que son bastantes á remediar el daño, si son puestos en execucion con la brevedad necesaria,

y que ayudados por algunos otros esfuerzos, restituirán la paz y la tranquilidad en todas las provincias de Ultramar.

La comision se halla en estado de asegurar á V. A., que cesará la revolucion de las provincias del Rio de la Plata, siempre que lleguen prontamente á Montevideo los 3000 hombres cuya remesa está decretada desde el mes de Julio del año próximo pasado. La Comision habla baxo el concepto de que se destinea á esta expedicion tropas de buena calidad, y cuya rigurosa disciplina, se halle completamente acreditada. De otro modo, no podrán evitarse los desórdenes consiguientes; y ademas de que podria suceder que aquel número no fuera suficiente para la sujecion de los rebeldes, resultaria el grave inconveniente de que los pueblos que ocupasen se viesan expuestos á todos los horrores de su indisciplina. El medio único de extinguir la rebelion y evitar el derramamiento de sangre, es presentar al frente de los facciosos un ejército, que por su número y clase les quite toda esperanza de obtener ventajas por medio de una inútil resistencia. Apoyados con la sombra de un ejército respetable, los muchos buenos que ahora gimen baxo el yugo de los rebeldes, contribuirán á la pacificacion; y talvez logrará V. A. el consuelo de saber, que una

simple intimacion ha bastado para restablecer el órden.

Pero todas estas ventajas desaparecerán indefectiblemente , si se dilata el envío de los 30 hombres , porque se dá tiempo á los facciosos para que aumenten sus fuerzas, y se pongan en estado de que no basten para sugetarlos todos los sacrificios de la Nacion. A esta urgente consideracion se añade la de que la plaza de Montevideo cuenta ya diez y ocho meses de sitio , sin víveres , sin numerario y sin mas recurso que el heroismo de sus habitantes. Las enfermedades consiguientes á este estado, hacen ya estragos temibles , que podrán acabar con toda la población, si los auxilios no van con toda celeridad , y hacen levantar el sitio antes de la entrada de la próxima estacion.

No es menos apurada la situacion de la Costa-firme ; pues encerrados los leales en Puerto Cabello, son vanos quantos esfuerzos puedan hacer para mejorar su estado. En el mismo caso se hallan Guayana y Coro , únicos puntos que se conservan libres , aunque reducidos al mayor apuro. Los reheldes los estrechan mas cada dia, y les amagan con todos los horrores que han hecho ya sufrir á los demas leales que han tenido la desventura de caer en sus manos. Solo un pronto refuerzo de bu-

nas tropas puede librarlos, y poner término á las inauditas atrocidades que estan cometiendo el feroz Bolívar y sus secuaces.

V. A. ha prometido el envio de 39 hombres; y ellos serian seguramente bastantes á contener el mal, si saliesen con toda brevedad. La dilacion puede hacer que los rebeldes se apoderen de los pocos puntos que conservan los leales; y en tan desgraciado caso, apenas serian bastantes 69 soldados para recobrar aquella interesante porcion del territorio español.

Estas consideraciones estrechan á acelerar la salida de esta expedicion; mucho mas, si añadimos á ellas la de que las divisiones de los rebeldes estan mandadas por oficiales franceses, y por vándidos de todas las naciones, salidos con este fin de los Estados- Unidos. Ellos trabajan incesantemente en la instruccion de los rebeldes; y conseguirán al fin disciplinarlos completamente, sino se acude á impedirlo con toda la celeridad que exige la situacion de nuestros valientes y desgraciados defensores. Estos dignos españoles carecen de todo recurso; y solo pueden prolongar su lucha por la esperanza de recibir los auxilios que les ha prometido la madre patria.

Aunque no es tan lamentable el estado de los

defensores de la justa causa en Nueva-España, no dexa por eso de ser urgente el envío de 20 hombres para llenar las baxas que ha producido aquella obstinada lucha. Con esta fuerza, es indudable que podrá el Virrey verificar la pacificación de aquel continente, presa hoy de todos los horrores de la guerra más sangrienta. Podrá dirigir fuerzas contra todos los puntos que sirven de guarida á los rebeldes; y cesarán al fin esos interminables ataques que van assolando el país, y que no dan estabilidad alguna á la suerte de nuestras armas.

V. A. ha visto ya que las gabillas de miserables vandidos, se han convertido en divisiones mandadas por oficiales extranjeros; y no tardarán en ser exércitos irresistibles, sino se proporciona inmediatamente á los gefes nacionales los medios de destruirlas.

Estas son las medidas que, en concepto de la Comisión, podrán bastar para reducir al orden las provincias insurreccionadas de Ultramar; pero no debe fiarse á ellas solas tan interesante resultado. La suerte de las armas está expuesta á vicisitudes que pueden destruir los cálculos mas bien convidados, si una prudente prevision no prepara los medios convenientes para disminuir la trascendencia de un suceso adverso. Por esta consideracion

se presenta como necesaria la formación de un campamento de instrucción, baxo la dirección de un Jefe experto y organizador, en el que se conserve un cuerpo de 30 hombres para acudir con presteza á los puntos que convenga, estendiéndose la comisión de este jefe á inspeccionar escrupulosamente el estado de toda la milicia de Ultramar, que en sentir de la Comisión, convendría mucho vigilar desde la Península, en donde quizás no se tienen todos los conocimientos que convienen sobre un objeto tan interesante. Las tropas que se reuniesen en este campamento de instrucción, deberían estar tan disciplinadas y arregladas, que pudiesen verificar su embarque en el momento que V. A. lo decretase.

Esta sola disposición puede influir considerablemente en la pacificación; porque entonces verán los rebeldes que no solo se envían contra ellos las fuerzas necesarias para sujetarlos, sino que hay medios efectivos para aumentarlas al instante que sea conveniente. Una de las principales causas de los progresos de la rebelión, ha sido el convencimiento que han tenido sus candillos, de que el gobierno nacional no podría auxiliar los esfuerzos de los locales. La experiencia ha enseñado, que no era vana su persuasión; pues los auxilios remitidos, han sido siempre poco proporcionados á las necesidades, y de

consiguiente ineficaces para el objeto á que fueron destinados.

Quisiera la Comision al tiempo de hacer á V. A. estas peticiones, presentar tambien los medios de realizarlas, sin desatender los demas objetos á que se destinan actualmente las rentas del Estado; pero esto es imposible. Anteriormente ha manifestado la Comision á V. A., que tenia pronto todo lo necesario para la remesa de los 30 hombres destinados á Montevideo; y para dar esta seguridad, no confió tanto en los arbitrios que la estan consignados, como en el crédito particular de sus individuos. Es este un recurso que se ha agotado ya á fuerza de tener que usarlo, y á impulsos tambien de los continuos quebrantos que las revoluciones de Ultramar han causado y están causando al comercio de esta plaza.

No dexará por esto la Comision de llenar las obligaciones de su encargo; pero es preciso que el erario público sufrague á las demas, sin contar como hasta aquí con esfuerzos, que no pueden hacerse, porque se han agotado ya todos los manantiales que podian producirlos. De otro modo, seria vano el empeño de contener la rebelion; y nunca bastantes los sacrificios que se hagan; pues que la falta de medios obliga á desaprovechar los momentos oportunos, y

hace inútiles los perezosos esfuerzos de la insuficiencia.

Lo dicho hasta aquí demuestra bien la urgencia de acudir á realizar las medidas que se proponen, empleando la energía que reclama la naturaleza del mal; pero hay otros fundamentos que hacen mas patente esta necesidad. Ya los indicó la Comision quando dixo, que las revoluciones de América amagan la ruina de la Nacion en sus relaciones interiores, y aun en su exístencia política. Mas como esta indicacion exíge aclaraciones que la hagan completamente perceptible, a fin de evitar errores que pueden ser funestos, la Comision pasa á presentarlas con todo el interes que la inspira el objeto.

Rica y feliz la España por los bienes que le producía su industria, descubrió las regiones en que nacen la plata y el oro, y descubrió con ellas el origen de su abatimiento y miseria. Descuidó desde entónces los sólidos manantiales de su prosperidad antigua; y en medio de este descuido, dexó emigrar á los pueblos extraños las artes y la industria que tan poderosa la hicieran. Bien pronto sufrió la pena de su imprudente conducta; porque la envidia de las demas potencias la atormentó con guerras continuas y la codicia de sus propios hijos, les hizo correr á aquellos países donde creian encontrar su dicha.

Disminuida por tantos medios la poblacion de España, y destruido el principio que daba actividad á sus habitantes, se vieron estos no solo privados de la abundancia de que ántes disfrutaban, sino tambien sobrecargados con el enorme peso de necesidades que habian desconocido hasta entónces. Acudieron á satisfacerlas los astutos extrangeros, haciéndose pagar á subido precio los efectos de su industria; y todo el oro y la plata de la nueva region, no bastaron ya á satisfacer los estúpidos caprichos de los españoles, y la insaciable avaricia de las demas naciones.

Quisieron estas á su vez poseer los terrenos productores, y nuevas y sangrientas guerras fueron acabando con el poder peninsular. Pero al mismo tiempo la España Ultramarina caminaba á su engrandecimiento; y las preciosas producciones de su suelo, formaron en breve la única riqueza de la antigua España. Desaparecieron aquellos felices tiempos en que el nombre español era temido y respetado por la idea de su poder y grandeza: otra es la suerte que le preparó el destino. En su situación presente, la España sin la América, será una nacion magnánima, un pueblo de héroes, pero desolado, pobre, y apénas con recursos para su subsistencia. Esta misma pobreza puede ser causa de

que se reanime nuestra agonizante industria; y puede tambien inspirarnos las virtudes necesarias para reproducir nuestro esplendor antiguo. Mas entretanto no nos engañemos; y no perdamos por una ciega imprevision, los únicos bienes que nos quedan.

Pero si estas causas demuestran la necesidad de conservar la América para no perder nuestra existencia política, no son ménos poderosas las que se derivan del estado actual de nuestro comercio; de esa privilegiada fuente de la prosperidad de las naciones.

Desde el descubrimiento de aquellos países, se vincularian en ellos todas las esperanzas, y todas las operaciones de nuestros especuladores. Al principio no hicieron más que seguir el impulso irreflexivo de sus demas compatriotas; y las ganancias que lograron les impidiéron hacer los cálculos que demandaba un interes mejor entendido. Pero quando el prestigio era tal, que tenia alucinada toda la Nacion ¿cómo era posible que escapara de la general subversion ninguna de sus clases? Los comerciantes incurrieron en el mismo error que el resto de conciudadanos, sin reflexionar que en la nueva region no habia bastantes consumidores para todas las producciones de la industria nacio-

nal. Las lecciones del desengaño no fueron bastantes para desviarles de la fatal senda que habian escogido. Obstinados en su propio daño, solo cuidaron de sistemar el mal, si es permitido hablar en estos términos; porque nivelaron los productos á los consumos; y aun en esto, no con una rigurosa proporcion, sino con tal medida que la escasez del género le hiciese codiciado en los pocos mercados en que debia expendirse. Este funesto sistema, seguido con inconcebible teson, dexó sin uso los talleres que excedian del pequeño número neccsario para llenar la quöta prefixada para el consumo; y al momento mismo millares de artistas huyeron para siempre de un suelo entregado al caos de la ignorancia.

En vano han corrido tres siglos desde aquella desgraciada época: las circunstancias han concurrido á perpetuar las causas de nuestros males; y para remediar las conseqüencias de un error, hemos incurrido en otros mas nocivos que el primero. Aumentada la poblacion de la América, por la reproduccion de cinco millones de Españoles que han pasado á ella, se aumentaron tambien los consumos; y no alcanzando á cubrirlos el escaso producto de nuestras fábricas, llenamos el déficit con las manufacturas del extranjero. ¡Felices todavía,

si solo hubiéramos pasado por el dolor de comprarles únicamente aquellas producciones de su industria, en que solo entraban las materias primeras que extraian de nuestro suelo! Pero no paró en esto la desgracia á que nos habian conducido nuestros extravíos. Los extranjeros nos traxeron bien pronto todas las producciones de su territorio; y nuestros comerciantes viniéron á ser pocas mas que comisionistas suyos.

Clamen lo que quieran los que suponen, que la América ha enriquecido al comercio nacional: aun quando desatiendan el lenguaje de la razon, no pueden prescindir de lo que dicta la experiencia. Ella enseña, que en toda la península no hay ningun comerciante tan poderoso, como los muchos que abundan en las plazas extranjeras; y siendo constante que sucedia lo contrario ántes de la época del descubrimiento de la España Ultramarina, es preciso convenir en que los errores cometidos por la influencia de él, son la verdadera causa de nuestra actual decadencia.

De todos modos es indudable, que el comercio nacional está vinculado en la América, y que en ella se expenden las producciones de nuestro suelo, y los cortos efectos de nuestra industria. Si este canal se obstruye, antes de haber abierto

los que deben dar vida á nuestra existencia política; quedarémos bien pronto reducidos al estado mas espantoso; y esta Nacion heróica, que está hoy siendo la admiracion de todo el Mundo se convertirá en un pueblo de pastores, ó de pobres Labradores.

La Comision cree haber demostrado la situacion de las provincias insurreccionadas de Ultramar; el verdadero origen de su rebelion; los medios que deben emplearse para extinguirlos; y los horrorosos males que nos amagan, sino se acude pronto á contener el daño. Nada ha dicho, que no sea efecto de la mas detenida meditacion, y que no esté comprobado por las lecciones de la experiencia. Ellas nos dicen, que vamos á perder nuestra existencia política, si perdemos las Américas. Pero es imposible, Señor: los Españoles no pueden renunciar á la posesion de unos bienes, que si pudo prepararlos el interes, los han consolidado las afecciones mas dulces del corazon humano. Nuestros hermanos de Ultramar imploran nuestro auxilio: nada nos piden que no podamos hacer, y que no sea conforme á nuestros mismos intereses: ellos gimen baxo el yugo opresor de unos facciosos, y si perecen, perece la Nacion entera.

Motivos tan poderosos no pueden ménos de